

Así, pues, la misión es el plan que Dios tiene para cada hombre; la contemplación, la unión íntima con Dios que posibilita el conocimiento de la misión, y la libertad, la capacidad de decidir voluntariamente nuestra personal vinculación a la misión para la que Dios nos ha creado. La libertad, desligada de la contemplación, se empobrece, se reduce, se racionaliza; la libertad, sin la brújula de la misión, se encapricha y acaba esclavizando al hombre.

La contemplación y la libertad son las dos alas que permiten al ser humano volar alto, cumplir su misión divina, *dar a la caza alcance*. El ruido de la calle, el alboroto de las plazas, el estrépito de los aeropuertos, la algarabía de las redes sociales, no son capaces de separar al ser contemplativo de ese silencio que se respira en el centro del alma al coronar la cima de unión con Dios. Y por eso, como bien explicó san Josemaría, y Fazio glosa en su parte quinta (p. 147 ss.), el encuentro con Dios se puede producir en todas las encrucijadas de la tierra, pues el alma contemplativa, totalmente libre de ataduras mundanas, es capaz de ver a Dios en lo más ordinario de cualquier circunstancia (no es casualidad que una de las experiencias más unitivas de san Josemaría se produjera en un tranvía). Dios se presenta como trascendente e inmanente al mismo tiempo y poco importa entonces lo que hagamos materialmente pues nada ni nadie puede separarnos de Él: “*ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios*” (1Cor 10,31), gustaba repetir a san Josemaría con su admirado san Pablo. Viviendo así, el mundo entero es Emaús (p. 208), concluye Fazio con conocida expresión del fundador de la Obra.

En resumen, Mariano Fazio ha acertado plenamente tanto en el tema del libro como en su desarrollo y conclusiones. Sus reflexiones sobre la tríada misión-contemplación-libertad en la vida de san Josemaría, con ocasión del nonagésimo aniversario de la fundación de la Obra, son completamente actuales. La misión divina de cada hombre se percibe plenamente desde la contemplación y solo puede implementarse con plena libertad, eso sí, en las más variadas encrucijadas. El mundo de hoy está sediento de almas contemplativas tan libérrimas como locamente enamoradas de su misión divina. Son los hombres y mujeres contemplativos, verdaderos seres libres, quienes, fieles a su misión, transforman el mundo, lo purifican, lo liberan, lo solidarizan, lo diversifican, lo pluralizan, lo secularizan, lo engrandecen, lo espiritualizan, lo redimen, lo divinizan, abriendo nuevos caminos divinos en la tierra.

Rafael Domingo

José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *Escondidos. El Opus Dei en la zona republicana durante la Guerra Civil española (1936-1939)*, Madrid-Roma, Rialp – Istituto Storico San Josemaría Escrivá, 2018, 468 pp.

*Escondidos* desvela con detalle quiénes, dónde y qué hicieron las no muchas personas (principalmente hombres) que entre julio de 1936 y marzo de 1939 componían el Opus Dei y pasaron la guerra en el territorio de la España republicana. González

Gullón continúa la narración iniciada en 2016 con *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*. Los personajes, los escenarios y el sentido vital o espiritual que se dibuja en *Escondidos* son conocidos para el lector de la monografía sobre la Academia DYA. Eso sí, la cronología avanza: pese a su título, ese libro sobre DYA recorría sobre todo el periodo prebélico, con algunos apuntes sobre el uso del local de la academia durante la guerra civil.

Ahora, el autor ofrece la suerte que corrieron Josemaría Escrivá y los del Opus Dei que iban por o vivían en la residencia para capear la hostilidad anticatólica desatada en la geografía republicana. Además de su madre y dos hermanos, protagonizan este relato un total de dieciocho hombres y seis mujeres: de ellos, José María Albareda y Dolores Fisac se incorporaron a la Obra durante la guerra. Sobre las mujeres que seguían su mensaje se dice muy poco y es difícil añadir más por falta de documentación. El 18 de julio de 1936 todo el Opus Dei sumaba veintisiete personas si añadimos otros cinco chicos de la Obra que quedaron en zona franquista. Las peripecias de estos jóvenes y la actividad de Escrivá y de sus acompañantes en la España de Burgos desde diciembre de 1937 quedan fuera del cuadro. La elección territorial –la zona republicana– confiere al libro más unidad narrativa e ilumina aspectos desconocidos de las biografías de Escrivá y, especialmente, de sus seguidores, durante una parte de la guerra o toda ella.

La calidad y número de las fuentes y la metodología empleada para desgranar los archivos consultados dan al libro una solidez notable. Además, parte del contenido documental exhumado es inédito.

Entre ellos sobresale el Archivo General de la Prelatura. González Gullón ha estudiado a conciencia los diarios de algunos miembros del Opus Dei, como Isidoro Zorzano, Juan Jiménez Vargas o Manuel Sainz de los Terreros; las cartas que escribieron al fundador y entre ellos, que aportan una precisión y unos matices extraordinarios para conocer sus preocupaciones materiales, espirituales y psicológicas; algunos pocos escritos autobiográficos de esos años y, en mayor cantidad, los redactados para los procesos de beatificación de Isidoro Zorzano o Josemaría Escrivá, transcurridos pocos años o algunas décadas desde los hechos. Este amplio aparato documental compone la columna vertebral del libro.

El autor ha explorado de forma exhaustiva e interpretado de modo inteligente esos papeles. También diría que ha vencido la tentación de pensar que para confeccionar esta historia basta una única fuente, por completa y sugerente que sea, como lo es en efecto el Archivo General de la Prelatura. De ahí que haya acudido a otras colecciones documentales, como el Archivo General de la Administración; el Centro Documental de la Memoria Histórica; el Archivo Histórico Nacional; el Archivo General de la Villa de Madrid; la documentación de la Causa General incoada para esclarecer por provincias españolas la actividad social, política y militar de los republicanos; los archivos personales de la familia Sainz de los Terreros (Pamplona) y de Juan de Isasa (Madrid); y los archivos de asuntos exteriores de Chile y Honduras. Aunque a ochenta años de distancia es difícil encontrar testigos vivos de los eventos, se cita también alguna entrevista (ver página 172, nota 80). Con todo, echo en falta el uso de prensa –apenas un par de referencias al diario de Barcelona *La Vanguardia*–, siempre útil para seguir la pista a la propaganda, la vida

cotidiana o la persecución religiosa, por hablar de algunos aspectos que interesan particularmente al autor de este libro.

A la documentación original y también inédita en buena medida, se añade el empleo de una selecta bibliografía para contextualizar y ayudar a comprender las facetas militar, política, cultural, religiosa o ideológica, y la vida cotidiana en la zona republicana con sus estrategias de supervivencia y ocultación. Como no podía ser de otro modo, Escrivá y los suyos eran un micro mundo que experimentaba las tensiones del ambiente bélico de la misma forma que el resto de ciudadanos aturridos por la guerra.

*Escondidos* sigue un triple hilo cronológico, espacial e individual. Lugares y personas surgen cronológicamente a lo largo de cuatro capítulos, que recorren la azarosa vida de Escrivá entre julio de 1936 y diciembre de 1937, cuando concluye su evasión por Andorra hacia la España de Franco junto con otros seis hombres de la Obra y uno que por entonces no lo era, Tomás Alvira, amigo de José María Albareda. Así pues, dos tercios largos del libro se centran en relatar los avatares de Escrivá y sus acompañantes para salvarse del anticlericalismo salvaje. El arco temporal más largo del quinto y último capítulo (entre diciembre de 1937 y marzo de 1939) sigue la trayectoria de los familiares de Josemaría Escrivá, de la única mujer que se suma al Opus Dei durante la guerra, Dolores Fisac, y la de los del Opus Dei que no se habían evadido con el fundador: Isidoro Zorzano, José María González Barredo, Álvaro del Portillo, Vicente Rodríguez Casado, José María Hernández Garnica, Eduardo Alastrué, Miguel Bañón, Enrique Espinós y Rafael Calvo Serer.

En su conjunto, el relato es ágil y está coloreado de citas textuales breves e información precisa que ayuda al lector a comprender mejor el contexto del sistema de reclutamiento republicano, la represión en la retaguardia, las fases militares de la guerra o el funcionamiento del asilo diplomático en Madrid. Son solo algunas de las bastantes y extensas glosas repartidas por el texto. González Gullón no quiere dejar cabos sueltos, cosa que beneficia al lector y es muy de agradecer. Son también útiles la colección de fotografías de los personajes de esta historia y de algunos de los lugares en que se desarrolla, al igual que los gráficos de ubicación de cada uno de los hombres del Opus Dei en la zona republicana, los mapas sobre la evolución de la guerra y el plano de la Legación de Honduras donde se refugiaron Escrivá y varios de la Obra.

Estas glosas y el material complementario enriquecen el libro y muestran el esfuerzo del autor por insertar lo concreto en lo general y hacer más comprensibles las trayectorias vitales de Escrivá y de los suyos. Esto, que es pertinente en cualquier investigación histórica, lo es en esta también porque los jóvenes universitarios que compartían entonces el mensaje de Josemaría Escrivá y protagonizan esta historia eran gente anónima y completamente desconocida. Unos españoles más, espectadores de un drama que se llevó por delante mucho más que la única iniciativa material que impulsaban –la residencia DYA– o que la vida de algunos de ellos. Insertar en el trauma general la microhistoria de las gentes del Opus Dei es una lograda opción historiográfica que aquilata la narración.

Del contenido de este libro cabe destacar algunos puntos. Está muy bien caracterizado el ambiente del principal escenario, Madrid: el contexto revolucionario de

asesinatos y violencia, los bombardeos sobre la capital, el hambre y los alimentos que se procuraban los de la Obra desde el Levante y la Mancha o que se adquirían en la ciudad tras mucho esfuerzo, la enojosa búsqueda de alojamientos seguros y de avales y certificados del Partido Nacionalista Vasco o de la Confederación Nacional de Trabajadores (anarquistas) que les protegiesen de redadas en la calle o en los domicilios, el frío y los sabañones, los omnipresentes chinches y piojos contagiados por las deficientes condiciones higiénicas en cárceles y refugios, el culto católico clandestino en las casas, los rumores y noticias sin contrastar que resucitaban a gente dada por muerta o hacían vivir a los asesinados, las noticias de las radios enemigas oídas furtivamente bajo una manta y en la noche. Vivir era fingir seguridad y encubrir el miedo y angustia de ser considerado enemigo de una república anárquica. En fin, un ambiente de tensión, hambre y padecimientos donde destacan como hombres de confianza de Escrivá el estudiante de Medicina Juan Jiménez Vargas y el ingeniero Isidoro Zorzano. Por cierto, que Jiménez Vargas asoma como una especie de guardián tutelar del fundador. Escrivá se deja guiar por las decisiones del enérgico y áspero madrileño, muy particularmente en la zozobra inicial de la guerra para buscar alojamientos seguros y en el paso de los Pirineos en el otoño de 1937.

El epistolario de y al fundador del Opus Dei –escrito en clave para sortear la censura republicana– ofrece también aspectos novedosos sobre un Escrivá escondido pero activo. Sobre su actividad en el Madrid republicano desde que tuvo un escondite algo más seguro, a comienzos de 1937, hay bastante información en la biografía que escribió sobre él Andrés Vázquez de Prada del año 2002, y menos, en la edición crítica de *Camino* de Pedro Rodríguez, también publicada ese año. Sin embargo, son libros poco citados en la narración de *Escondidos*. El autor prefiere analizar directamente esas cartas de Escrivá (unas ciento cincuenta, gran parte de ellas del año 1937, sin contar las que le escriben) y las meditaciones que predicó en la Legación de Honduras en la primavera y verano de ese año. Se retratan así los rasgos dominantes de su actividad y predicación durante este periodo, que se sintetizan en su esfuerzo por alentar espiritualmente y mantener unidos a los suyos. Las meditaciones, que se estudian en las páginas 209 a 218, son particularmente interesantes porque revelan sin censura cuanto pensaba. González Gullón sintetiza los ejes centrales de esa predicación. Pero ese resumen no aborda detenidamente qué dijo (o no dijo) sobre la situación política, el sentido de la guerra de España, el perdón o la justicia. Son algunas cuestiones importantes sobre las que, por ejemplo, la jerarquía católica española se pronunció justo entonces, en su carta pastoral de 1 de julio de 1937.

Por último, al ser una historia coral, también suben al escenario quienes seguían su mensaje. Se presta por vez primera atención historiográfica a la trayectoria conjunta del puñado de miembros del Opus Dei para el tiempo de la guerra, en cuanto que actores autónomos, pero no desvinculados del fundador. Y no tanto a las mujeres, como ya se apuntó, por falta de fuentes. Era sabido que procuraron estar conectados en red mediante cartas, visitas y encuentros para rezar y darse ánimos, y también que Josemaría Escrivá era el centro espiritual y no físico de esa micro sociedad en la zona

republicana, e Isidoro Zorzano la conexión entre todos –mujeres incluidas– por la relativa libertad de movimientos que le daba su condición de argentino en Madrid. Con todo, el caudal que se aporta para documentar estos extremos es muy notable y, además, añade matices inéditos sobre el papel de cada cual en esta microhistoria que *Escondidos* relata con sobriedad, rigor y un excelente pulso narrativo.

Santiago Martínez Sánchez

Javier LÓPEZ DIAZ – Federico M. REQUENA (a cura di), *Verso una spiritualità del lavoro professionale. Teologia, Antropologia e Storia a 500 anni dalla Riforma. Atti del Convegno “The Heart of Work”*. Pontificia Università della Santa Croce. Roma, 19-20 ottobre 2017. Volume III/5, Roma, Edusc, 2018, 583 pp.

A quinientos años de que Martín Lutero difundiera las noventa y cinco tesis con las que se inició la Reforma protestante y en el primer centenario de la Revolución rusa, la Pontificia Universidad de la Santa Cruz organizó el Congreso *Un alma para el trabajo profesional*. El aniversario de ambos eventos fue la ocasión para un encuentro en el que se llevó a cabo una reflexión interdisciplinar sobre el sentido del trabajo profesional a la luz de la historia, la antropología, la sociología, la ética, la economía y la teología. Las actas del Congreso se agruparon en cinco densos volúmenes que recogen las relaciones y comunicaciones presentadas en él.

El presente libro es el tercer volumen. Su título se inspira en la encíclica de Juan Pablo II *Laborem exercens* (14 de febrero de 1981); en concreto, en el *Capítulo V. Elementos para una espiritualidad del trabajo*. Puesto que la santificación del trabajo profesional está en el núcleo del mensaje de san Josemaría Escrivá, lo que aúna las distintas exposiciones contenidas en el volumen es la alusión más o menos explícita al pensamiento del santo, o bien al Opus Dei, institución fundada por él. Las diversas ponencias contribuyen a situar en un marco teológico, filosófico e histórico las enseñanzas de Escrivá.

El libro está dividido en cinco capítulos. Siempre en torno al tema del trabajo, el primero contiene exposiciones de Teología dogmática (S. Sanz, J. López Díaz, A. Aranda), espiritual (P. Marti del Moral, A. Schlatter, M.M. Otero Tomé y M. Belda) y estudios que se focalizan en la comparación entre el mensaje de Escrivá y las doctrinas de Lutero y Calvino (M.P. Chirinos, J.J. Sanguineti, J.L. Illanes). El segundo capítulo agrupa tres estudios bíblicos (F. Serafini, G. De Virgilio y M. Tábet), uno patrístico (G. Maspero) y uno sobre el Magisterio pontificio del siglo XX (V. Bosch). El tercer capítulo presenta contribuciones antropológicas (J.I. Murillo, A. Malo, S.C. Martino y A.I. Moscoso - A. Puente) y el cuarto capítulo históricas, en un sentido amplio del término (F. Requena, J. Rego, R. Alvira, F. Crovetto, M. Fuster, L. Touze, J.K. Miczynski, R. Sorrenti y A. Vardiero). Por último, en el quinto capítulo, con un estilo distinto a los anteriores, se recoge una síntesis del coloquio que tuvo lugar